



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

EL COMETA "HALLEY"

Si viviéramos cien años más tampoco se nos borraría de la mente la visión que en ella quedó grabada en nuestra niñez, del cometa "Halley" en una de aquellas madrugadas cercanas al 18 de mayo de 1910 —cúmplase hoy exactamente cuarenta y seis años— fecha en que, según algunos sabios, la masa gaseosa de ese viajero del espacio envolvería la tierra aniquilando en ella todo germen de vida.

Todavía bajo los efectos del sueño nos sacaron de la cama, muy cerca de las tres de la mañana y después de abrigarnos convenientemente, nuestro padre nos llevó de la mano hasta el vehículo que esperaba frente a la puerta de la casa. Era un coche de los llamados de la Acera del Louvre y su auriga, el veterano Mariano sentía el orgullo de estar catalogado como tal. Acomodados ya en sus asientos, nos esperaban nuestro tío Panchito, el doctor José Pereda, cirujano en boga en aquella época y aquel simpático clubman que se llamó Carlitos Maciá.

El cochero Mariano dejó caer suavemente, como una caricia, el látigo sobre el lomo de la yegua "Cuca" y que retozonamente emprendió un ligero galope en dirección al Malecón y cuando el coche llegaba al amplio paseo por una de las calles que en él desembocan, confesamos que se presentó ante nuestra vista un espectáculo de tan imponente magnificencia como jamás habíamos presenciado y no hemos vuelto a contemplar a través de nuestra existencia.

En el horizonte, allí junto a la línea imaginaria en que parecen unirse mar y cielo, dijérase que reposaba una brillante estrella de fulgores insospechados y de ella brotaba una extensa cola de bruhida plata que se iba ensachando en su ascensión hasta cubrir todo el firmamento, mientras en las aguas reposada del Golfo se reflejaba con impecable nitidez la maravillosa imagen.

¡Ese era el cometa Halley! El mismo cometa Halley que según los hombres que se han dedicado a tales estudios, tarda setenta y cinco años en recorrer su fantástica órbita. El mismo cometa Halley que de acuerdo con todas las suposiciones habría de aniquilar nuestro planeta dentro de contadas horas. El mismo cometa Halley que no son pocos los que aseguran, conforme al tiempo que tarda en presentarse ante nuestra vista que fué el que hace cerca de dos mil años unos Reyes Magos denominaron "estrella de Oriente".

El acercamiento de tan peligroso viajero con los presagios, basados en datos científicos, de que el choque con la Tierra produciría el fin de este planeta provocó gran pánico en la población de todos los países. A principios de este siglo, vivía la Humanidad una era tan plácida y tranquila

que llegó a tornarse ingenua y por semejante motivo se daba a crédito a los más pesimistas augurios que ya habían tenido precursores con la aparición de la "peonía" y las palabras fatalistas de un llamado "Hombre Dios".

Ante esa amenaza cierta, no fueron pocos los que se decidieron a disfrutar alegremente los últimos días de su existencia incurriendo en deudas que, después de todo, ya no habrían de pagar nunca y hasta algunas parejas de enamorados tomaron determinados anticipos amorosos en previsión de que la consumación de la catástrofe les privara de todas las delicias del himeneo.

* * *

Y llegó la fatal fecha. Familiares y amigos se movían en distintas direcciones dentro de la casa, por las calles, en el trabajo y se miraban unos a otros con lástimas, sin atreverse a pronunciar otras frases que el "morir habemus" de los frailes trapenses. Ambiente de tristeza y de miedo el que reinaba en todas partes en espera de las nueve de la noche, hora científicamente señalada para el desenlace trágico.

Las familias se reunían en sus casas con ánimo de morir todos juntos. Otros más escépticos se dirigían a la cantina a la cual eran asiduos parroquianos, a fin de despedirse de la existencia con la copa en alto y no faltaron los que animadores de ese contagioso "choteo" criollo prefirieron asistir como espectadores al estreno de un sainete de Federico Villoch titulado "El cierre a las seis" que la compañía teatral de Alhambra, dirigida por Regino López, en una de sus habituales temporadas para familias, presentaba desde la escena del teatro "Polyteama chico", situado en la Manzana de Gómez.

Los relojes marcaron sentenciosamente las nueve de la noche y tales campanadas sonaron en algunos oídos como si doblaran por un mundo que se iba. Ya eran las nueve y cuarto, sin que nada hubiese ocurrido. Ciertamente este cometa no era muy puntual que digamos. Y así esperando a cada momento el instante fatal, llegó la medianoche. El peligro sin duda había pasado. Aquellos rostros cumpungidos, aquellas caras pálidas se tornaban risueñas y plétóricas de vida. El cometa solo quedaba ya en nuestro recuerdo como un motivo para un dancón, una rumba, una caricatura de "La Política Cómica" o una obra de "Alhambra".

El júbilo renacía en todas partes y en Cuba sólo hubo que lamentar un hecho de dantesca coincidencia. Precisamente cerca de las nueve de la noche un polvorín del cuartel Ravena, en la ciudad de Pinar del Río, explotó ocasionando numerosas víctimas. Si aquellos infelices que perecieron tuvieron una fracción de segundo para razonar, comprenderían seguramente, ese viaje final con cierta resignación. Ellos no eran los únicos. ¡El mundo entero que se acababa!